

Lunes 23 de Julio de 1923

UN FINANCISTA ORIGINAL

Ciertos prejuicios sobre la honradez, el uso de métodos ya anticuados para adquirir dinero, y la carencia de regalos unida a una natural falta de fondos, me han permitido experimentar en carne propia las dificultades que ofrece el manejo de las finanzas cuando, en el presupuesto, los egresos superan a las entradas.

Los problemas más complejos de la economía nacional, verbi gracia, la dificultad para disminuir los gastos, la necesidad de realizar economías forzadas, los mil sinsabores que ofrece la cancelación de los empréstitos, los tropiezos que presenta la contratación de otros nuevos, y la imposibilidad de aumentar en un momento dado la capacidad productora, son cosas que, en fuerza de experimentarlas a diario, no ocultan para mí, reconditeces ni secretos.

Naturalmente, estos estudios ho han llegado a conclusiones más avanzadas que las del Congreso de Financistas de Ginebra, que acordó recomendar como medio primordial de salvar las dificultades económicas, producir más y gastar menos. La aridez del acuerdo, su falta de originalidad, su marcado sabor a cosa del viejo régimen, no podían encontra lógicamente acogida, en el Gobierno del amor, del optimismo y de las ilusiones.

Comprendo, pues, que el Presidente, a pesar de tratarse de un admirador incondicional de su política, no haya solicitado mis servicios en la cartera de Hacienda, donde habría estado dispuesto a sacrificarme, como el 99 1/2 por ciento de los ciudadanos, en aras del país.

Otras teorías más modernas, aplicadas con mejor resultado que las mías a la economía privada, han seducido al Gobierno, y, acaso habrían traído un positivo bienestar al país, sin la extemporánea intromisión del señor Subercaseaux, quien, a pesar de todos sus alardes aliancistas, no ha logrado aún desprenderse de los viejos procedimientos financieros.

Me refiero a los métodos de su antecesor.

Su célebre discurso - pronunciado ante una mesa bien repleta de comestibles y de radicales o sea de los elementos más opuestos, - sobre economía doméstica, hace entrever toda la preparación y novedad del hacendista.

Explicó, allí, el ministro, cómo había logrado, careciendo de todo, procurarse una expectable situación económica. Su método fué tan original como sencillo.

En vista de que no contaba con medios para procurarse un chaqué o un sobretodo, optó por dirigirse a un joyero y adquirió por men-sualidades algunas joyas y un collar de perlas para su señora esposa. Mientras más falta le hacía el sobretodo, más perlas adquiría el ministro.

Era una innovación atrevida y genial que venía a revolucionar todas las leyes de la ciencia económica.

Hasta entonces, se había visto el caso de individuos que vendían o empeñaban alhajas para atender a los gastos del vestido; pero este procedimiento de comprarlas con el objeto de salvar la falta de indumentaria, era toda una novedad.

Sin embargo, a dar fe a la exposición del financista, esa medida dió el más franco resultado. A los pocos días el ministro recibía de un amigo, la ropa que necesitaba.

¿Qué enormes proyecciones habría podido tener en las finanzas nacionales, este procedimiento de dar importancia y aumentar los gastos suntuarios en vista de la imposibilidad de atender los gastos necesarios?

Nadie puede calcularlo; pero sigamos considerando el método del hacendista.

Salvada por medio de la adquisición de joyas, la necesidad más apremiante de la indumentaria, se entregó de lleno al automovilismo, para lo cual entró a hacer uso de los automóviles de otros admiradores.

El problema de la locomoción, uno de los más graves que pueden presentarse a un individuo y a un pueblo, quedaba así solucionado por una especie de expropiación voluntaria y gratuita desconocida hasta el presente.

Faltaba solo al ministro convertirse en terrateniente, para lo cual, con el concenso de otro admirador, se instaló en el fundo de éste, con ánimo de señor y dueño.

¿Se comprende la importancia que la aplicación de un procedimiento parecido tendría para la nación? Ello equivaldría nada menos que a la anexión territorial; a la adquisición, sin costo alguno para el Estado, de una nueva fuente de producción, de una extensión de tierra apta para toda clase de cultivos.

Es realmente una lástima que el ministro haya caído antes de aplicar a las finanzas nacionales un método ensayado con tan buen éxito en el manejo de sus intereses privados.

Desgraciadamente, el financista alcanzó sólo a aplicar la primera parte de su teoría: el aumento de los gastos suntuarios.

Faltó la segunda parte: los regalos de ropa, automóviles y propiedades que habrían venido al país y en particular a los empleados públicos, actualmente impagos, como miel sobre hojuelas. Las naciones amigas no tuvieron tiempo de manifestarse con esta clase de obsequios.

Pero esto en nada aminora la importancia teórica de los métodos del financista, que tan acertadamente supo aquilatar el Presidente al confiarle la Cartera de Hacienda.

Si la crisis no le sorprende en mitad de su labor, a estas horas el país estaría tan próspero como el propio ex-Ministro.

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile